

HIGIENE PÚBLICA.

**CUATRO PALABRAS SOBRE LAS CUARENTENAS.**

Un sentimiento filantrópico de parte de los gobiernos, y el temor de ser atacados de las enfermedades epidémicas de parte de los pueblos, han apoyado siempre el sistema de cuarentenas impuestas á los buques procedentes de punto en donde reinan enfermedades capaces de propagarse entre los habitantes de una nacion. Pero ni los gobiernos han tenido otros elementos de juzgar, ni los pueblos han consultado sino á sus temores más ó ménos fundados. La opinion de los médicos se ha dividido siempre á favor y en contra de esta medida, y, no temo decirlo, las más veces se ha consultado á las aprehensiones personales y no á los sanos principios de la ciencia. Sabios eminentes han apoyado con su votos decisivos medidas perjudiciales al comercio y aún perniciosas á la sociedad.

Verdad es que dia á dia se han suavizado más las antiguas prácticas, que han llegado á causar la hilaridad de los hombres ilustrados, pero hoy mismo quedan todavía en pié preocupaciones ridiculas que es preciso sacudir, mirándolas con la luz de la lógica y de la ciencia. A riesgo de parecer atrevido voy á exponer mi pobre opinion, que sujeto á la critica de mis comprofesores.

De las concienzudas observaciones de algunos célebres higienistas no se desprenden ciertamente indicaciones precisas que puedan servir de norma á los reglamentos de las cuarentenas. El hecho incuestionable es que una enfermedad se propaga bajo la forma epidémica; pero ¿cuál es el medio ó el agente de esta comunicacion? Hé aqui el primer problema que es preciso resolver, y que desgraciadamente permanece todavía en el misterio. Desde Fracastor, hasta nuestros dias, solo se han considerado los agentes de trasmision de estas tres maneras: 1.^a por el contacto de los enfermos con las personas sanas; 2.^a por los objetos salidos de un pais infectado; y 3.^a por el aire confinado en las salas, casas, pueblos ó cualquiera lugar donde existan los epidemiados. A estas tres fuentes que parecen ser las racionales, se han solido agregar otras cósmicas de que no es posible ocuparse, por pertenecer al número de las hipótesis que no pasan de bellas teorías. Abordar el campo de las suposiciones, ni es lógico, ni es científico, porque si á veces la higiene exagera sus prevenciones siguiendo el camino más seguro, nunca debe adoptar como base de sus medidas la hipótesis.

Buscar en el contacto mediato ó inmediato el origen de una epidemia, me parece muy aventurado, supuesto que á veces se ven desarrollar epidemias de ma-

les que en el estado ordinario no son contagiosos, y otras veces las enfermedades legitimamente contagiosas nacen y mueren en un país, en un hospital ó en una casa, sin que la aglomeracion de enfermos en estos lugares haya dado principio á una epidemia general. M. Dieulafoy, ha dicho con sobrada razon: «El escollo en el estudio de las enfermedades epidémicas, consiste en dar al contagio una grande importancia con detrimento de la epidemicidad. A veces existen reunidas estas dos manifestaciones, se completan y se auxilian mutuamente; pero no es por necesidad la una consecuencia de la otra; pueden existir separadamente, y el predominio de una de ellas puede inducir á error, atribuyendo á la ménos perceptible un papel que no le corresponde.» La causa de una epidemia es siempre accidental, su dominio es pasajero, y esta causa puede existir en la alteracion del aire, en los alimentos, en las aguas ó en condiciones telúricas impenetrables hasta hoy para nosotros. Limitada una epidemia á un asilo, á un hospital, á un pueblo, á una nacion, preciso es que en estas localidades haya la causa accidental, y en vano buscamos en los medios de contagio la causa de su propagacion. Todo el año existe de un modo endémico en nuestras costas del Atlántico la fiebre amarilla, y no siempre es epidémica.

¿Pero qué es, y en dónde existe la causa de las epidemias que se han propagado á todo el mundo? Igual pregunta haria yo á todos los que han proclamado los sistemas restrictivos y cordones sanitarios. En vano se nos dice por autoridades respetables, que las circunstancias particulares de una poblacion hacen que un mal esporádico ó endémico tome un gran desarrollo por encontrar medios favorables á su propagacion, ó, siguiendo la comparacion de Prouts, que la enfermedad es una chispa y la masa de la poblacion la pólvora que ha de producir el incendio, porque si tal cosa fuera, seria preciso suponer que en todas las naciones que invade una epidemia existirian las mismas condiciones que en el punto donde primero se declaró; suposicion evidentemente gratuita, como puede hacerse perceptible con un ejemplo. Supongamos que el cólera endémico en el Ganges, tomó la forma epidémica, por circunstancias peculiares y se trasmitió á otras naciones: yo pregunto, ¿en todas las poblaciones invadidas existian los mismos elementos que en el lugar de su origen? Esta asercion es absolutamente gratuita y destituida de pruebas, porque equivaldria á suponer que en todos los lugares adonde se ha extendido la epidemia habria la multitud de gérmenes y contagios que supone la trasformacion de la endemia en epidemia.

No se concibe una explosion general y tan instantánea por el simple contacto de uno ó dos epidemiados. Epidemias ha habido que siguen una marcha continua y aparecen en un tiempo dado en un país, invadiendo una área determinada, y se presenta en otro lugar hasta despues de haber cesado en el primer invadido.

En las invasiones que ha hecho el cólera en México, no estaba la epidemia á la vez en la capital y en Matamoros, ni seguia su marcha á otros puntos, sino

cuando terminaba en los primeros: no habia incomunicaciones ni medidas ningunas que impidieran el libre comercio de todos los habitantes hasta de los puntos más remotos; sin embargo, no se dió un solo caso de que apareciera el cólera por saltos, sino que hubo una perfecta continuidad. Suponiendo que por haber atacado en una poblacion á todos los expuestos al contagio habia desaparecido, y por decirlo así, el gérmen se habia agotado, ¿qué razon hay para que individuos que habian estado en contacto con los coléricos y habian quedado impunes, vinieran á sucumbir de él dos ó tres meses despues? Así sucedió á un amigo mio, que recogió en su casa por caridad á muchos pobres enfermos del cólera, convirtiéndola en lazareto, los asistió personalmente, y tres meses despues, creyéndose, como él decia, á prueba de cólera, vino á sucumbir á la capital en donde á ninguno asistió ni se puso en contacto con ningun enfermo. ¿Duró la incubacion del mal tres meses, en los cuales estuvo en contacto con todo el mundo desempeñando todas sus funciones en el estado de la más perfecta salud? Tal suposicion seria no solo absurda sino ridicula; y en el caso de admitirse, seria la prueba más concluyente de la inutilidad de las cuarentenas, supuesto que no habia datos para que en conciencia se pudiera declarar la desaparicion del peligro del contagio.

Por el contrario, una persona bastante conocida en la capital, desde el momento que supo la invasion del cólera, con el objeto de evitarlo anduvo viajando por los Estados no invadidos, y sin tener contacto con ninguno que viniera de puntos atacados fué la primera victima en Zacatecas, y el primer caso de cólera.

Preciso es convenir en que la epidemicidad no está siempre subordinada al contagio; y que las medidas que tienen por objeto evitar el contacto de enfermos, de objetos, y del aire confinado, son incapaces de dar seguridad á los pueblos.

Hoy se nota cierta tendencia á revivir las antiguas doctrinas del aislamiento, y, cediendo á la moda más que á la razon, se dictan medidas perjudiciales al libre tráfico. Tratándose de México, casi no hay aplicable una sola de las disposiciones. La fiebre amarilla existe permanentemente en nuestras costas, el tifo es endémico en muchos Estados de la Federacion, la viruela, el sarampion y la escarlatina se presentan todas las primavares; la difteria en cortos casos existe todo el año; la disenteria es muy comun en nuestras zonas calientes, y, si exceptuamos el cólera asiático y la peste bubónica, casi no hay una enfermedad contagiosa que no tenga su manifestacion temporal en nuestro país: todas suelen revestir á veces la forma epidémica, y nacen y mueren en el mismo lugar donde suelen ser endémicas. Si el contagio es el gran elemento de propagacion, ¿por qué este contagio no se da sino en determinadas circunstancias? ¿qué le importa al habitante de Veracruz que un buque venido de la Habana traiga patente sucia por reinar allí una epidemia de fiebre amarilla? No creo que uno ó dos

enfermos más que vengan en el buque, ó unos cuantos átomos del principio contagioso que traigan las mercancías (si es que lo pueden traer) pudiera añadir gran cosa á los elementos del puerto, y respecto á las otras enfermedades, nada absolutamente conseguiríamos con los Cordones sanitarios: aislaríamos por completo unos Estados de otros, y el resultado final sería el atraso del país. Si tomamos los cuadros de mortalidad de todo el país, en todos ellos veremos que casi al mismo tiempo nacen las epidemias de enfermedades eruptivas en todas partes y que no siguen un curso sucesivo. La verdadera cuarentena está en que se sigan los principios inviolables de una buena higiene; pues mientras las consideraciones de los contagionistas carecen de una base sólida, hay un hecho incuestionable fundado en la estadística comparada, y es que la civilización, y sobre todo la higiene administrativa, han disminuido las epidemias, han aumentado la vida media de los pueblos, disminuyendo la mortalidad.

Pero, se me dirá, si tenemos un peligro en expectativa ¿no será conveniente el evitar que éntre en nuestro país? La respuesta no puede ser dudosa; pero como no sabemos á dónde se halla el enemigo, cómo se propaga, qué línea sigue, á qué causas obedece su propagación, nos contentamos con condenar al aislamiento un buque á quien culpamos de ser el conductor del contagio y llevamos nuestra pretensión hasta el extremo de creer que en las mercancías, en las cartas de la correspondencia y en el aire de la embarcación se alberga. Si á lo ménos tuviéramos un número competente de datos para juzgar, sería más disculpable nuestro error. Pero en esta materia caminamos al acaso y hacemos suposiciones gratuitas, como es la de creer que las cartas y mercancías traen el contagio. Todos sabemos que los efectos se empaquen al salir para su destino, y que si ellos tuvieran el fatal privilegio de traer la enfermedad, la ocasionaria á pesar del aislamiento y la ventilación: porque como lo único que se ventila es la superficie de los efectos y no el interior, en el momento en que se abrieran los tercios, sería incuestionable el desprendimiento de las emanaciones que habían traído desde el punto de su salida. No quiero ni figurarme que tal idea pueda pasar como una verdad en los sostenedores de la cuarentena.

Difícil es creer que en una gran ciudad expuesta á las corrientes del aire las emanaciones se conserven adheridas á los efectos de exportación; pues es bien sabido que cuando curamos enfermos de tifo, ponemos en comunicación por una ventilación amplia las piezas de los enfermos al aire exterior, y nadie podrá decir que éste sea contagiado ocasionando la propagación del mal á los que lo respiran.

Todavía se lleva más lejos la exageración. Se cree que después de una travesía de veinte ó treinta días, y no habiéndose enfermado ningún pasajero ni la tripulación, se detengan los buques en el puerto, lo cual sería suponer que la incubación duraba un tiempo casi indefinido contra la observación de todos los médicos que han visto que el período máximo de aquella es de once días.

Se ha alegado al sostener las cuarentenas datos negativos que tienen muy poco valor cuando se presentan otros en contrario. En México, durante el imperio, fué invadido Matamoros por el cólera asiático venido de Bronswille: el Ministro de Gobernacion reunió una gran junta de médicos para consultar acerca de las medidas sanitarias y preventivas de la epidemia: la opinion casi unánime de los médicos mexicanos y de los franceses en el servicio de la expedicion, fué que no debian imponerse las cuarentenas, y á pesar de esto la epidemia no se propagó.

Pero si como regla general las cuarentenas no han servido para detener el cólera ni las demás enfermedades epidémicas, en México se hacen impracticables; ni nuestras costas abiertas ni lo accidentado de nuestro terreno, ni la imposibilidad de resguardarlo puede impedir la comunicacion interior. De donde resulta que se grava inútilmente con una molestia y con perjuicios á los comerciantes de buena fé, sin lograrse el resultado que se propone.

La desinfeccion de los buques es una medida de higiene naval que en todas las circunstancias debe verificarse, pero no conociendo cuál es el principio que comunica la epidemia, no podemos obrar contra él, porque no sabemos cuál es la sustancia que lo destruye. El sistema de elevar la temperatura hasta el punto de destruir los cuerpos extraños, es completamente inaplicable á la carga de un buque, é insuficiente para lograr su objeto: para que esta temperatura pudiera hacerse sensible en el interior de un tercio seria preciso carbonizarlo, y en los objetos de cristal, loza y otras sustancias frágiles, completamente inaplicable.

No me cansaré de repetir que solo una buena higiene nos puede preservar de las epidemias, ó atenuarlas cuando no nos ha sido posible impedir las.

JOSÉ MARÍA REYES.

VETERINARIA.

VACUNACIONES PRACTICADAS EN TERNERAS Y CABALLOS

CON LINFA VACUNAL HUMANIZADA.

La observacion y la experimentacion: hé aqui los dos instrumentos de actual uso en las investigaciones de la patologia comparada: el primero, inspirado por la clinica, como su única fuente, es difícil y espinoso, expone con frecuencia á concepciones doctrinales, difusas, y hasta contrarias á la verdad. Por mucho tiempo ha sido causa de discusiones extensas, de querellas enojosas, estériles